

CAPITULO IX.

1848.

Reaccion en favor de la raza civilizada.—Exámen de las causas que la ocasionaron.—Las fuerzas de la 4ª Division comienzan á avanzar con direccion al Oriente, haciendo retroceder constantemente á los sublevados.—Ocupacion sucesiva de Izamal, Sitalpech, Tunkás, Cenotillo, Tixbaká y Citás.—Obtiene iguales resultados la 1ª Division que opera en el Sur, y ocupa sucesivamente á Sacalum, Muna, Ticul, Chapab, Maní, Pustunich, Yotholin, Oxkutzcab, Akil y Tekax.—Operaciones de la 3ª Division en el centro y de la 2ª en la Sierra Baja.—Los indios son batidos sucesivamente en Zavala, Sotuta, Tecoh, Homun, Cuzamá, Huhí, Teabo, Mama, Tábi y Yaxcabá.—Encuentros notables enlazados con estos sucesos.

En medio del abatimiento y la postracion á que habia llegado la raza civilizada de la península, el gobernador Barbachano y el general Llergo se resolvieron á adoptar medidas enérgicas para tentar el último medio de salvacion. El país estaba próximo á hundirse, y era necesario saltar por toda clase de consideraciones para impedir su

ruína. La primera medida á que se apeló desde luego fué la de remover de sus destinos á algunos de los jefes principales que por culpa suya ó por obra de las circunstancias, habían venido retrocediendo constantemente delante de los bárbaros, acabando con la poca fé que quedaba á nuestro pequeño ejército. D. José del Cármen Bello fué reemplazado en el mando de la 4ª division con el coronel D. Juan José Méndez, y D. Alberto Morales en el mando de la 1ª con el coronel D. José Dolores Cetina. Los dos nuevos jefes eran barbachanistas: tambien lo eran D. Pablo Antonio Gonzalez, D. Sebastian Molas, D. Tomás Peniche Gutierrez y algunos mas que fueron ascendidos por la misma época; pero unos y otros se habian ya distinguido en la campaña lo bastante para justificar estos ascensos, y todavía con el tiempo debian distinguirse mas, reconquistando á la civilizacion el terreno que le habia usurpado la barbarie.

Otro recurso á que se apeló poco ántes de la desocupacion de Izamal, fué el de enajenar las alhajas de los templos, que nadie quiso recibir empeñadas en la Isla de Cuba, á donde fueron llevadas. Esta medida se hizo entonces absolutamente indispensable, no para pagarle al soldado su prest, porque hacia mucho tiempo que no tenia ninguno, sino para proporcionarle pan y vestuario. A fin de que la resolucion no causase ningun sobresalto á los espíritus timoratos, el boletin oficial de la época, al ponerla en conocimiento del público, decía de las referidas alhajas lo siguiente: “Ellas son donaciones de los antiguos fieles: el fruto del trabajo de los padres de este pueblo, que está al morir de hambre y bajo la cuchilla del salvaje. Dios sin las alhajas no dejará de existir, y el pueblo sí por falta de recursos. Entre Dios y nosotros, los últimos somos los que mas necesidad tenemos de ese oro, de esa plata y de esas piedras preciosas: remítase,

pues, todo ello y mas, si se puede, á otro país, á los Estados Unidos que están á un paso de nosotros, y hágase una verdadera enajenación. No debemos ya parar en los medios de salvarnos. *Salus pópuli, suprema lex esto.* La salud del pueblo es la primera de todas las leyes." (1)

Coincidieron las medidas que acabamos de indicar, con algunas otras circunstancias que necesariamente debían ser favorables á la raza civilizada. Consideramos como la primera y principal de todas, la simpatía ó cuando ménos la menor antipatía que abrigan hacia los blancos, los indios de Mérida y sus inmediaciones, incluyendo en estos los partidos de Motul, Izamal, Tecoh y Maxcanú. Estos indios se hallaban desde los tiempos de la colonia en contacto mas inmediato que los demas, con los descendientes de los españoles, y si se tiene presente que la aversión de las dos razas principales que habitan la península dimana en gran parte del aislamiento á que las condenó el gobierno de la metrópoli, fácilmente se comprenderá el origen ó la causa del sentimiento á que hemos aludido. El fruto de este hecho etnológico, que no fué debido ciertamente á la prevision de nuestros antepasados, hubo de recogerse en el año de 1848, en los momentos en que los bárbaros del sur y del oriente tocaban casi á las puertas de la capital del Estado. Porque entónces, los indios á que ántes hemos hecho referencia, comenzaron á presentarse al gobierno, manifestándole que deseaban contribuir con todos sus esfuerzos á la defensa de la civilización, porque se sentían indignados de los excesos á que se entregaban los salvajes. Muchos números del periódico oficial de la época se hallan atestados de manifestaciones hechas en este sentido y cubiertas con centenares de firmas. El gobierno aceptaba siempre es-

(1) Boletín oficial, número 12.

tas ofertas y concedía á los que las firmaban el título de *hidalgos*. El sabor aristocrático de esta palabra, que podría halagar un poco á los indios, iba acompañado de otra remuneración mas positiva, porque incluía la exención de la contribución personal. (2) Y los generosos *hidalgos* se hicieron ciertamente muy acreedores á esta recompensa, porque como vamos á ver en el resto de nuestra narración, ellos regaron con profusión su sangre en los campos de batalla, en defensa de la civilización.

Fácilmente pudieron calcularse desde entónces las consecuencias de la conducta que habian abrazado los indios de la parte mas civilizada de la península. Los bárbaros se habian acostumbrado desde el principio de la guerra, á que á medida que avanzaban hacia esta region, los indígenas del territorio invadido venian á engrosar sus filas. Pero luego que pisaron sus límites, se encontraron en terreno completamente enemigo. Los individuos de su raza, no solamente estaban comprometidos en gran número con los blancos, sino que en algunas partes habian demostrado claramente cuáles eran sus sentimientos, aun ántes de saber las recompensas que se les acordarían. En Tunkás, los indios de la población habian batido á los bárbaros: los de los pueblos situados mas acá de Izamal, habian prestado de muy buena voluntad sus servicios á los blancos, aun despues de la desocupación de aquella ciudad, y por último, algunos de Ticul, presididos por su cacique, habian salido de la plaza, juntamente con las fuerzas del gobierno.

Hubo finalmente otra circunstancia, que en los últimos dias de Mayo á que ha llegado nuestro relato, debia favorecer la reacción, de que vamos á ocuparnos en seguida. Habia comenzado la estación de las lluvias, y en consecuencia la época de las siembras y las desyerbas,

(2) Colección de Aznar, tomo III página 208, nota.

de que el labrador no puede prescindir, só pena de condenarse á morir de hambre en el año que siga al de su omision. Ahora bien, como en Yucatan la inmensa mayoría de los indios se haya dedicada especialmente á la labranza, casi todos los sublevados se vieron en la necesidad de abandonar la campaña para correr al cuidado de sus sementeras, luego que los primeros aguaceros de la estacion hubieron humedecido la tierra. Acaso si D. José del Cármen Bello se hubiera aguantado tres dias en Izamal y ocho ó diez en Ticul D. Alberto Morales, ninguna de estas dos plazas importantes hubieran caido en poder del enemigo. Los hechos vinieron á confirmar muy pronto esta conjetura.

El coronel D. Juan José Méndez, que se habia replegado á Cacalchén despues de la desocupacion de Izamal, comenzó á dictar las disposiciones necesarias para impedir el avance de los sublevados, luego que tuvo en su poder el nombramiento de jefe de la 4.^a Division. Con este objeto hizo ocupar el pueblo de Tekantó con 400 hombres que puso á las órdenes del teniente coronel D. Tomás Peniche y Gutierrez, y los de Kimbilá y Citileum con otra fuerza poco mayor, cuyo mando confió accidentalmente al capitan D. Lázaro Ruz por enfermedad del teniente coronel D. Sebastian Molas. Peniche y Ruz se ocuparon desde luego de mandar espías á Izamal con el objeto de reconocer las posiciones del enemigo, porque el gobierno estaba vivamente interesado en la recuperacion de aquella plaza importante. Pero no fué poca su sorpresa cuando los espías volvieron asegurando que los indios, despues de haber incendiado las casas de paja de la ciudad, robado las tiendas y rezado á la vírgen, se habian retirado en grandes masas con direccion al oriente. Peniche y Ruz no tenian instrucciones para emprender todavía ninguna operacion; pero llevados de su ardor y

del deseo de infundir la fé en el ánimo de sus soldados, ambos se pusieron de acuerdo y ocuparon simultáneamente á Izamal en la mañana del 2 de junio, despues de haber dispersado á algunos grupos de sublevados que se ocupaban todavía de robar en los establecimientos de comercio (3). Ni el jefe de la Division ni el gobierno se atrevieron á reprobar este movimiento que causó una impresion saludable en todo el Estado, y el primero se trasladó desde luego á la ciudad recuperada, con el resto de las fuerzas que estaban bajo su mando.

Desde este momento ya no se trató mas que de ir avanzando hácia el oriente, con el objeto de arrancar á los bárbaros el terreno que habian conquistado. Un destacamento de cincuenta hombres puesto á las órdenes del teniente D. Liborio Cervantes ocupó el pueblo de Sitalpech, en el cual fué encontrada una abundante provision de víveres. Tambien fueron activamente explorados otros pueblos y haciendas de las inmediaciones, y despues de algunos encuentros de poca importancia con los bárbaros, fueron recogidas las provisiones que se hallaron, y traídas á Izamal.

El buen éxito de estas operaciones preliminares animó al coronel Méndez á intentar el ataque de Tunkás, donde se hallaban reunidos los indios que habian huido de Izamal y sus inmediaciones. Con este objeto puso á las órdenes del teniente coronel Peniche Gutierrez una seccion compuesta de 1,200 soldados y 200 hidalgos, la cual salió de aquella ciudad en la tarde del 9 de junio. Esta fuerza se vió obligada á detenerse en la hacienda Chacbac, porque los bárbaros que estaban apoderados de ella intentaron oponerse á su paso. Pero dispersados por tres guerrillas que Peniche destacó sobre ellos, la fuerza expedicionaria continuó su marcha, al rayar el

(3) Boletín citado, número 18.

alba del día siguiente, hacía el punto final de su destino. Ningun obstáculo encontró al principio; pero como una legua ántes de llegar á Tunkás hubiesen comenzado á molestarla las emboscadas y trincheras del enemigo, el jefe de la expedición destacó dos secciones, que puso á las órdenes del primer ayudante Vergara y del capitán Rean, con el objeto de que flanqueasen á los bárbaros y atacasen á Tunkás por el Norte y por el Sur. Entónces él mismo se dirigió con el resto de la fuerza por el camino principal, y despues de haber quitado diez y ocho trincheras al enemigo y causándole innumerables destrozos, se posesionó del pueblo juntamente con la seccion de Vergara que llegó á tiempo para tomar parte en la acción (4).

Esta victoria hizo concebir al coronel Méndez el designio de establecer un cantón avanzado en Tunkás, y la medida no pudo ser mas acertada, porque diariamente salían del campamento varias partidas, que siempre volvían cargadas de víveres y prisioneros. Tambien se presentaban frecuentemente grupos de indios desarmados, que no habían tomado parte en la sublevación, ó que negaban al ménos haberla tomado, y que inmediatamente volvían á entregarse á sus ocupaciones habituales en los pueblos ó haciendas de su antigua vecindad. En cuanto á los sublevados, continuaban replegándose hácia el oriente, aunque sin ánimo ciertamente de renunciar al terreno perdido, porque comenzaron á acumularse en grandes masas en Cenotillo con el objeto de intentar un ataque sobre Tunkás. Pero fracasó de pronto este proyecto, porque 400 hombres, puestos á las órdenes de D. José M.^a Vergara, cayeron súbitamente sobre aquel pueblo en la mañana del 20 de junio, y se apoderaron de él despues de un reñido combate, en que murió un centenar de sublevados. (5)

(4) El mismo Boletín, número 25.

(5) Número 35 del mismo Boletín.

No habiendo sido posible, sin embargo, conservar á Cenotillo para no fraccionar demasiado las fuerzas de la División, los bárbaros volvieron á ocuparlo, y habiendo aumentado su número con los refuerzos que recibieron de Gitás y otros pueblos orientales, en la mañana del 26 se descolgaron en dos distintas direcciones sobre Tunkás. El teniente coronel Peniche ordenó que saliesen á batirlos algunas guerrillas, y aunque aquel día ahuyentaron á los agresores hasta á una legua de distancia, causándoles algunos destrozos, á la mañana siguiente volvieron á presentarse en número mas considerable y con mayor arrojo. En el acto comenzaron á levantar trincheras en todos los caminos, exceptuando solamente el de Izamal, y el jefe del cantón quiso aprovechar esta circunstancia para comunicar á D. Juan José Méndez la situación en que se hallaba. Pero los cosacos, con quienes envió su nota, no pudieron pasar de la hacienda Chacbac, de la cual estaban apoderados un buen número de bárbaros. Tampoco pudo pasar de la misma hacienda, y por el mismo motivo, una pequeña fuerza que salió de Izamal para auxiliar al pueblo sitiado. Entónces el jefe del cantón se vió obligado á defenderse con los pocos elementos que poseía, y habiendo sacado de la plaza varias guerrillas que atacaron á retaguardia á los sublevados, éstos huyeron despavoridos por los caminos que habían traído, despues de un reñido combate, en que perdieron una á una sus trincheras (6).

El entusiasmo que reinaba entre los jefes, oficiales y soldados de la 4.^a división se reanimó con este nuevo triunfo, y muy pronto comenzaron á hacer sus preparativos para atacar á Gitás, pueblo que puede ser considerado como la llave de los partidos de Valladolid, Tizimin y Espita. Con este objeto se trasladó á Tunkás el coronel D. Juan J. Méndez, y dispuso desde luego la salida de dos seccio-

(6) Boletín citado, números 39 y 40.

nes: una de 600 hombres que puso á las órdenes del teniente coronel Peniche para recuperar á Cenotillo y otra de 400 que confió al primer ayudante Vergara para atacar el paraje Labchén, donde se hallaba atrincherada una considerable partida de sublevados. Ambas fuerzas cumplieron bizarramente con la mision que se les confió, y despues de haber destrozado á los bárbaros en algunos encuentros que tuvieron con ellos, se reunieron el 2 de julio en Cenotillo, donde hicieron un botin no despreciable de municiones de boca y de guerra.

Aunque esta operacion habia tenido por principal objeto el ataque de Gitás, el incansable Peniche Gutierrez se dirigió préviamente á Tixbaká, pueblo situado hácia la costa septentrional de la península, y cayó súbitamente sobre él, haciendo huir despavoridos á los sublevados que apenas osaron defenderse. Pero esta expedicion costó un poco cara á la fuerza que habia quedado en Cenotillo á las órdenes del comandante D. Manuel F. Meso, porque fué sitiada por otras hordas de bárbaros, que no permitieron entrar un auxilio que salió de Tunkás. Meso hubiera sido allí víctima de los indios, á no haberse presentado oportunamente, de vuelta de su expedicion á Tixbaká, la fuerza mandada por el teniente coronel Peniche, la cual rompió el sitio, entró á la plaza y obligó á huir dos dias despues á los agresores. Desde este momento ya no ofreció sérias dificultades la ocupacion de Gitás, la cual fué llevada al cabo el 19 de julio por dos secciones que mandaban el mismo jefe de la division D. Juan José Méndez y el teniente coronel Peniche (7).

Al mismo tiempo que la 4ª division avanzaba de una manera tan rápida hácia el oriente de la península, la 1ª verificaba en el sur operaciones de igual importancia, bajo la direccion de su jefe el coronel D. José Dolores Ceti-

(7) El mismo Boletín, desde el número 44 hasta el 57.

na. Ya hemos dicho que esta division se habia replégado á la hacienda Uyalceh, despues de la desocupacion de Ticul y de Sacalum, que trajó consigo la de Chapab, la de Muna y otras poblaciones del partido. La fuerza fué dividida desde luego en dos secciones, habiendo tomado el mando de la 1ª el mismo coronel Cetina, y el de la 2ª el teniente coronel D. Pablo Antonio Gonzalez. Este se situó en Sacalum el 31 de mayo, y al principio solo tuvo que luchar con las dificultades de falta de alojamiento y provisiones de boca, que eran una consecuencia necesaria de la desolacion en que los indios habian dejado el pueblo y sus alrededores. Despues fué atacado por los bárbaros; pero los venció fácilmente, ántes de que llegase una fuerza que habia salido de la hacienda Yuncá para auxiliarle.

Ya en este tiempo el jefe de la division habia terminado los preparativos que estaba haciendo para avanzar sobre los sublevados, y habiéndose trasladado á Sacalum con este objeto, se propuso atacar simultáneamente á Chapab y Ticul, debiendo operar en el primer punto la seccion de Gonzalez y en el segundo la suya. Ambos fuerzas emprendieron sus operaciones en la mañana del 7 de junio, y la de Gonzalez comenzó á ser hostilizada un cuarto de legua ántes de llegar al punto de su destino. Pero habiéndose apoderado sucesivamente de las trincheras del enemigo, entró á Chapab despues de dos horas de combate, haciendo huir precipitadamente á sus defensores por los caminos de Ticul, Muna y Maní. Encontróse allí un buen acopio de víveres; pero como Gonzalez no podía llevárselos todos consigo, hizo incendiar la mayor parte para quitar este recurso al enemigo.

Cetina no fué menos feliz en sus operaciones. Cargaron sus fuerzas con ímpetu sobre los indios que ocupaban á Ticul, y éstos huyeron con direccion á Oxkutzcab, dejando en la plaza cincuenta cadáveres y otros muchos

en los solares, que se encontraron despues. Pero el jefe de la 1ª division había triunfado sobre un monton de ruinas. Las casas habían sido derribadas ó incendiadas y cegados los pozos. Por esta causa, ó por alguna otra que ignoramos, Cetina volvió á acantonarse en Sacalum, juntamente con la seccion de Gonzalez, que se le reunió en Ticul en la tarde del mismo dia en que se alcanzó este doble triunfo sobre los bárbaros (8).

Esta última seccion fué destinada tres días despues á atacar á los indios que se habían reunido en gran número en Maní, con el objeto de operar sobre los cantones de Sacalum y Uayalceh. Pero Gonzalez se les anticipó, cayendo súbitamente sobre la antigua corte de Tutul Xiú, á la cual atacó por tres direcciones distintas. Los bárbaros habían sido auxiliados con una fuerza que acababa de llegar de Peto, y con este motivo se defendieron con tenacidad por el espacio de tres horas; pero al cabo de éstas se dispersaron y huyeron, dejando un botin considerable en poder de los agresores. Gonzalez se vió obligado á incendiar dos mil cargas de maíz, que no podía llevar consigo, y en la tarde emprendió su vuelta para Sacalum. Los indios que en estos momentos habían recibido un refuerzo de los pueblos comarcanos, atacaron á la reserva que se componía de 150 hombres; pero derrotados despues de un pequeño tiroteo que costó la vida á varios de sus combatientes, aquella fuerza continuó su marcha sin ningun otro contratiempo (9).

El pueblo de Muna que había sido desocupado en mayo al mismo tiempo que Ticul, y recuperado poco despues por una fuerza que mandaba D. Cándido Gonzalez, comenzó á ser hostilizado por los indios á mediados de junio, acaso con el objeto de llamar la atencion de la division de

(8) Boletin oficial, números 22 y 23.

(9) El mismo periódico, número 26.

Cetina que les causaba grandes estragos. El pueblo se defendió siempre con heroicidad, porque cada vez que era atacado, todos sus moradores se presentaban al jefe de la plaza para contribuir á su defensa. Cetina les mandó un auxilio de 200 hombres al mando del capitán D. José María Avila, y aunque con este refuerzo fueron varias veces ahuyentados los agresores, siempre se refugiaban en las inmediaciones para volver á la carga cuando ménos se les esperaba. La cordillera que ciñe á Muna por el sur, facilitaba mucho estas sorpresas.

Habiendo comprendido el jefe de la 1ª division que los indios de que venimos hablando sacaban principalmente sus recursos del pueblo de Santa Elena, situado al lado opuesto de la cordillera, tomó la resolucion de atacarlo, con cuyo objeto se desprendió de Sacalum con la seccion de su mando en la mañana del 8 de julio. Los bárbaros comenzaron á atacarle desde el momento en que comenzó á subir la serranía por un desfiladero de los mas peligrosos. Pero se defendió con serenidad y continuó su marcha hasta la hacienda Sacakal, en donde entró cuando ya el sol desaparecía en el horizonte, porque encontró tan obstruido el camino que fué necesario hacerle despejar por los *hidalgos* para poder pasar. Pernoctó la fuerza en aquella hacienda, cambiando algunos tiros con los indios que permanecían en las inmediaciones; pero al despuntar la aurora del dia siguiente, Cetina volvió á emprender su marcha para el punto final de su destino, dejando solamente en Sacakal dos compañías al mando de sus capitanes D. Manuel Cepeda y D. Fermin Osorno.

La marcha de este dia fué ménos penosa que la del dia anterior, porque la fuerza expedicionaria solo encontró en su camino algunas trincheras, de las cuales se apoderó sin dificultad. Tampoco les fué muy difícil apoderarse de Santa Elena, porque aunque la iglesia de este pueblo po-